

062. ¿Razones para no rezar?...

Había acabado el trabajo aquel día, y, por celebrar el cumpleaños de uno de los compañeros, se hallaban varios hombres de tertulia en el restaurante, y en un momento dado la conversación cayó sobre la religión. Uno del grupo, bastante presumido, salta sin más:

- *¡Pues, yo no rezo nunca! ¿Para qué?*

Y uno de los contertulios, inteligente y con valentía:

- Pago la cuenta por ti y por todos, si me das las razones que tienes para no rezar.

Eran todos camaradas, y de repente se animó vivamente la conversación:

- *¡Bien, amigo! Aprovechate y haznos el favor a todos. Que de ti depende el que hoy comamos y bebamos gratis...*

El incrédulo valiente se acobarda, calla del todo, y tiene que decir al fin:

- Bueno, yo no sé qué decir. Lo único que digo es que yo no rezo.

A lo que respondió el generoso pagador:

- *Pues yo digo lo contrario. Yo rezo siempre.*

Ya sé que eso de no rezar no va para nuestros radioyentes. Ninguno que escucha nuestras emisiones deja ni un día de orar, porque un incrédulo, un no creyente, nunca se molestará en escuchar mensajes que sólo le hablan de Dios. Nosotros, creyentes, rezamos siempre, ¿no es así?...

Pero vamos a eso de las *excusas* que muchos presentan para no rezar. No decimos razones, que no existen, sino excusas.

Y la excusas, que no convencen a nadie, son siempre las mismas:

Porque no sé cómo rezar.

Porque me hartó de pedir y no alcanzo nada.

Porque no sé qué caso va a hacer Dios de alguien como yo...

Porque me canso apenas me pongo a rezar...

Son las excusas de siempre, las que podía haber dado el amigo contertulio, y no dio. Pero la principal de todas es sin discusión ésta: la *falta de fe*, y ninguna más. Pero nos vamos a dejar ahora del mundo que no reza para fijarnos en el mundo que reza, en el mundo que busca a Dios y lo encuentra por la oración.

En la campaña electoral de uno de los últimos Presidentes de los Estados Unidos, el candidato demócrata que al fin se quedó con la Presidencia, dijo a los reporteros que le preguntaban:

- *Sí, yo rezo veinte veces al día* (Presidente Carter)

¡Muy bien hecho! Y hasta muy bien dicho, aunque muchos se lo criticaron como una salida de tono y una argucia para ganar votos. *¡Muy bien dicho!*, decimos nosotros, porque el mundo necesita testimonios así de valientes. El mundo no se alejaría tanto de Dios si hubiera muchos que dieran testimonio de su fe.

Nosotros, creyentes, estamos convencidos de que debemos orar siempre, porque hacemos caso a Jesucristo cuando nos dice en el Evangelio: *Es necesario orar siempre sin cansarse nunca.*

Grandes hombres de nuestros días nos lo atestiguan, a la vez que nos dan ejemplo de una vida de oración constante.

Un Obispo luterano alemán, que confesaba: *Para muchos, su día empieza con el cigarrillo o la taza de café. Para mí, empieza con una oración a base de unas líneas de la Sagrada Escritura. Hace treinta y cinco años que lo aprendí, y a estas horas me parece todavía una cosa nueva.*

Un eminente Cardenal de la Iglesia, afirmaba: *Cuanto más avanzo hacia el fin de mi vida, más me confirmo en la convicción de que no sólo debemos trabajar, sino también orar; y orar, más que trabajar (Mercier)*

Este Cardenal escribía dichas palabras cuando la Iglesia tenía por Papa a un hombre tan especial como Pío XI, genial e incansable trabajador. Cierta día llega a muy avanzada la noche y no había rezado el Rosario, su devoción favorita a la Virgen. Rendido de cansancio, exclama con todo: *¿Irme a dormir así, sin haber rezado el Rosario? Si el Papa no reza, ¿quién va a rezar?* Agarra el rosario en la mano, y no se va a dormir hasta haber acabado los quince misterios.

A lo largo de la historia de la Iglesia, vemos cómo todos los Santos y Santas han pensado igual. La oración era el respirar de su alma. Con palabras más o menos expresas, todos ellos han hecho una realidad en sus vidas el lema inmortal de San Benito: *Reza y trabaja.*

Lo han hecho suyo y lo han vivido en la práctica todos, desde esos hombres grandes que hemos citado hasta una Santa Zita, muchacha que no pasó de ser toda su vida una empleada doméstica, y que no tuvo otro lema que éste tan simple: *La mano en el trabajo, y el corazón en el Cielo.*

Vivir metidos en la oración es vivir ya metidos en el Cielo.

Quien ora, no teme por la vida. Podrá ésta traer dificultades a montones; pero si se cuenta con Dios, ¿qué miedo nos van a dar?

Quien ora, tiene segura la perseverancia en la fe. Porque la fe se ha de enfrentar con mil enemigos. Y sólo quien trata de amistad con Dios, hablando de tú a tú con Él, no duda de Dios ni de sus promesas.

Como no existen razones para no rezar, nosotros rezamos siempre. Y a los que no rezan, casi queremos decirles: *Aunque no den razones, les pagamos lo que quieran con tal que aprendan a rezar...*